

SESENTA AÑOS EN BUSCA DE LA DIVERSIFICACIÓN

Miguel Ignacio Purroy

Sesenta años es momento propicio para detenerse a pensar en lo que ha sido la economía venezolana desde 1937, en lo que una vez soñamos ser, en lo que realmente hemos conseguido alcanzar y en el futuro que quisiéramos construir. Unos quedan sumidos en el más profundo desencanto cuando miran hacia atrás, otros prefieren ver con esperanza hacia adelante. Ambos tienen razón, porque desencanto y esperanza han sido dos constantes en nuestra historia.

¿POR QUÉ SEGUIMOS SIENDO POBRES?

Cuando uno habla con extranjeros, nadie se explica cómo Venezuela puede ser hoy un país tan pobre habiendo dispuesto de tantos recursos materiales. Es ésta una pregunta realmente embarazosa y difícil, porque exige pensar en múltiples causas, todas ellas complicadamente interrelacionadas. Por eso, muchos prefieren la respuesta fácil de echarles la culpa a unos cuantos corruptos que se han robado los dineros de la nación, o al imperialismo. Lo engañosamente atractivo de esta respuesta es que nos exime a los venezolanos decentes de toda responsabilidad y, al mismo tiempo, nos crea la ilusión de que con sacar a los corruptos estaría garantizada la solución de nuestros problemas.

Es cierto que ha habido muchos administradores ineptos, muchos corruptos, pero también unos cuantos decentes, aunque fracasados. Alguna explicación debe haber de tanta ineptitud, vagabundería y fracaso. No puede ser mera mala suerte o un modo de ser del venezolano. Si tuviera que aventurar una

explicación rápida de la paradoja de nuestra pobreza, mencionaría como primer aspecto el hecho de que el desarrollo capitalista moderno ha estado cimentado desde sus inicios sobre la base de una profunda desigualdad social. Un segundo aspecto, específico de Venezuela, ha sido la masiva preponderancia del petróleo como actividad rentística, que ha marcado el modo de funcionamiento del sistema político y económico.

En lo que se refiere a la desigualdad social, no es fácil a simple vista captar su responsabilidad en el fracaso económico, pero está demostrado históricamente que los pueblos con mayor grado de equidad social han tenido mayor crecimiento económico. Ambos elementos se potencian mutuamente, es decir, existe un "círculo virtuoso" entre equidad y desarrollo. Ello es así porque la equidad social suele estar asociada no sólo con mejores condiciones materiales de vida, sino, sobre todo, con una mayor capacidad productiva de segmentos amplios de la población. La equidad social proporciona al mismo tiempo esa masa crítica de capacidad de consumo (mercado interno), sobre la que empezar a construir un aparato productivo que luego irá avanzando hacia la competitividad externa. Adicionalmente, la existencia de cohesión social abre la posibilidad de canalizar energías colectivas hacia la realización de proyectos comunes, al tiempo que impone controles sociales sobre los mecanismos de acumulación y asignación de riqueza. Una minoría que se apropia de una porción exagerada de los excedentes económicos para atesorarla en el exterior o para sustentar estilos de vida estrambóticos, no se compagina con un sano esquema de ahorro e inversión.

Más fácil de entender es el papel desempeñado por el petróleo. No comparto la visión de que el petróleo ha sido el "excremento del diablo", porque, a pesar de la forma desigual en que ha sido usufructuado, le ha permitido al país financiar buena parte de su desarrollo productivo y de su sistema de bienestar. Sin embargo, una buena dosis de razón les asiste a quienes ven la riqueza petrolera con recelo. Está demostrado históricamente que la abundancia de recursos naturales inhibe el principal motor del desarrollo, que es el trabajo y las habilidades de los ciudadanos. Como toda renta que se obtiene sin el correspondiente esfuerzo productivo, el petróleo ha deformado la actitud de los ciudadanos hacia el trabajo y hacia la productividad en general. El acomodo o la viveza por recibir la mayor tajada posible de esa renta es más lucrativo que el esfuerzo por crear riqueza. Por otra parte, el hecho de que la renta petrolera se distribuya a través del Estado hace que éste se convierta en el centro del sistema social e, incluso, llegue a suplantar a la misma sociedad civil. El sistema político nace y se desarrolla para constituirse en la correa de transmisión de la renta hacia los ciudadanos. Estado paternalista y partidos políticos clientelares son caras de una misma moneda. En el ámbito económico, la existencia de un sector de altísima productividad inhibe el surgimiento de otras actividades de menor productividad. Y, cuando por decisión de política se promueven estas otras actividades, se hace necesario subsidiarlas y protegerlas, condenándolas así a una permanente "minoría de edad".

Si tuviera que aventurar una explicación rápida de la paradoja de nuestra pobreza, mencionaría como primer aspecto el hecho de que el desarrollo capitalista moderno ha estado cimentado desde sus inicios sobre la base de una profunda desigualdad social.

HISTORIA DE UNA DIVERSIFICACIÓN FRUSTRADA

Conscientes de este ambiguo papel del petróleo como potenciador y al mismo tiempo pervertidor del desarrollo, la dirigencia política desde el post-gomecismo hasta Lusinchi (1935-1989) ha venido compartiendo el "proyecto nacional" de diversificar la economía venezolana hacia actividades que la hagan menos dependiente del petróleo. La creencia de que el petróleo era un recurso finito y no renovable le confería al proyecto una urgencia adicional. Inmensos recursos financieros se han destinado a este fin. Parte ha terminado en jugosas cuentas de venezolanos en el exterior (políticos y empresarios), parte ha quedado enterrada en proyectos fracasados y parte está representada en la actual infraestructura productiva del país, que, a pesar de estar envejeciendo desde hace quince años, nos sitúa todavía por encima de otros países vecinos.

Las primeras dos décadas después de la caída del General Gómez completaron la transición desde la economía agraria tradicional a la economía capitalista moderna. Fueron años de mucha inversión y de rápido crecimiento. Los ingresos fiscales provenientes del petróleo permitieron la consolidación de un Estado que, además de administrador de la Hacienda Pública, debía ser promotor del desarrollo. La acción estatal se concentró en la creación de infraestructura física (urbanismo, vialidad, servicios de salud, etc.), pero fue en esa época también cuando se sentaron las bases del desarrollo energético-siderúrgico de Guaya-

na y de la red de electrificación. En la economía privada, el flujo de ingresos externos incrementó vertiginosamente la demanda interna de bienes de consumo, que tuvo que ser satisfecha inicialmente con importaciones. Las prósperas casas comerciales empezaron luego a incursionar tímidamente en actividades industriales de ensamblaje y empaque, aprovechando sus estrechos vínculos con los fabricantes extranjeros. No surgió, como en otros países de la región, una burguesía industrial en pugna con la burguesía comercial, sino que los grupos económicos existentes pasaron a convertirse en un peculiar híbrido comercial-industrial, hecho que marcó el tipo de desarrollo industrial subsiguiente (patrón importado de consumo, baja integración industrial, dependencia tecnológica, etc.).

Con el advenimiento de la democracia a fines de los 50, el Estado asumió un papel más activo y formal en la planificación del desarrollo económico. La consigna fue diversificar el aparato productivo a través de la industrialización de productos que estaban siendo abastecidos por la importación. Bajo los preceptos diseñados por la CEPAL, la industria nacional comenzó a disfrutar de protección arancelaria frente a la entrada de bienes de consumo del exterior, lo cual obligó a las firmas extranjeras a instalarse en el país para realizar las fases últimas de procesamiento manufacturero. Una vez instalada una industria nacional en un sector, se le protegía de toda competencia externa. Simultáneamente, agencias estatales de apoyo al desarrollo, como la Corporación Venezolana de Fomento, implementaron programas de fi-

nanciamiento a las industrias nacientes. Fue así como surgió el eje de desarrollo industrial del centro del país (Caracas - Maracay - Valencia). Un segundo eje de desarrollo lo constituyó el complejo industrial de Guayana, que debía suplir los metales básicos y la energía hidroeléctrica para la industria sustitutiva del centro. La década de los 60 fue un período de notable expansión económica, ya que el país se encontraba todavía en lo que se denomina la fase fácil de sustitución de importaciones.

Pero ya para fines de los 60 y comienzos de los 70 empezaron a hacerse visibles los mismos signos de agotamiento del esquema de crecimiento sustitutivo "hacia adentro", que ya habían hecho su aparición en otros países latinoamericanos. El Estado interventor y benefactor comenzaba a convertirse en un lastre difícil de financiar. Debido a la desigualdad social, el mercado interno era insuficiente para sustentar las escalas de producción requeridas. Las industrias se acostumbraron a la protección y perpetuaron la ineficiencia. Cada día se hacía más difícil avanzar hacia estadios más avanzados de integración industrial. La solidez del bolívar, consecuencia de la alta productividad petrolera, tampoco ayudaba a romper ese círculo perverso de protección e ineficiencia.

Llegamos así a 1973, cuando una inusitada alza en los precios del petróleo interrumpe el proceso de estancamiento del esquema sustitutivo y lanza al país a una desenfrenada política de gasto público bajo el lema de construir la Gran Venezuela del primer gobierno de Pérez. Este proyecto, recogido en el V Plan de la Nación, pretendía convertir a Venezuela en una potencia internacional en el sector de industrias básicas. Mucho dinero se invirtió en esos años de la segunda mitad de los 70 y principios de los 80, pero igualmente faraónica fue la deuda externa que se contrajo. Cuando sobreviene la crisis de la deuda latinoamericana en

La masiva preponderancia del petróleo como actividad rentística ha marcado el modo de funcionamiento del sistema político y económico.

1982, el país se encuentra con un pesado fardo de deuda y con unas industrias públicas incapaces de servir esa deuda y mucho menos de proveer la tan ansiada fuente de diversificación de ingresos distintos al petróleo. Para el momento del estallido de la crisis de la deuda, el sector privado venezolano, consciente de la insostenibilidad de la situación, había puesto a buen resguardo en el exterior gran parte de su patrimonio. La devaluación de febrero de 1983, la primera en dos décadas, y el subsiguiente control de cambios (RECADI) no significaron ningún cambio de rumbo, sino simplemente el intento de alargar la vida del viejo esquema por unos años más, pero a costa de agotar las reservas internacionales, descapitalizar las empresas públicas y someter a la población al impuesto de la inflación.

APERTURA, CRISIS Y ESTABILIZACIÓN

Se inicia el segundo gobierno

de Pérez en 1989 con un país financieramente quebrado, un Estado hipertrofiado e ineficiente y un aparato productivo anquilosado. El nuevo gobierno, conformado principalmente por tecnócratas ganados al "consenso de Washington", emprende un curso de apertura de la economía a la competencia internacional, elimina la mayor parte de los controles de precios y de cambio y comienza el redimensionamiento del Estado por la vía de las privatizaciones. Como era de esperar, el desmontaje de los aranceles y la desregulación de precios fueron percibidos como medicina amarga por una sociedad acostumbrada a los subsidios y a la protección. La única forma de vencer la comprensible aversión contra la medicina neo-liberal hubiera sido avanzando en las reformas estructurales que hubieran puesto en marcha la reactivación de la inversión y le hubieran hecho sentir a la población que las cargas del ajuste estaban siendo equitativa-

mente repartidas. El gobierno propone en 1990 al Congreso los primeros bocetos de reformas estructurales en el área fiscal y financiera, pero falla estrepitosamente en la estrategia de negociación política y los proyectos de Ley se entran. Nuevamente, una bonanza de precios petroleros a raíz del conflicto bélico Irak-Kuwait en 1990 le quita urgencia a las reformas y el gobierno recurre al viejo esquema de reactivar la economía mediante la expansión del gasto público. Un considerable "boom" de consumo público y privado permite crecer a la economía durante 1991 y 1992, pero no se materializa la inversión privada que hubiera sustentado un crecimiento sostenible. Sin inversión privada y sin avances en las reformas de fondo, el plan de ajuste estructural se queda a mitad de camino. El pueblo siente que se sacrificó sin recibir nada a cambio.

Este rechazo a la receta neo-liberal, aunado al hastío contra un

En tres años de gobiernos dirigidos por conspicuos actores del viejo orden (Velásquez y Caldera), la economía venezolana ha cambiado más que en las dos décadas anteriores.

Sistemas y Procedimientos Agropecuarios FARMER 92,C.A.

Representantes del Núcleo de Extensión Agrícola Municipio "Rivas Dávila" Edo. Mérida Programa Nacional de Extensión Agrícola Convenio B.M. - M.A.C. - Fundación CIARA.

"En el 80 Aniversario de la Revista SIC, revista de la Corporación de la Esperanza, les deseamos que el Señor los ilumine y guíe como siempre..."

Este Mensaje fue redactado en el año 2017, por el grupo Red de Redes de la Sociedad Civil del cual formamos parte, inspirado en el trabajo de la Revista SIC, en el año 1997, año de su 60 Aniversario...

Porque el futuro es nuestro...

Es el sincero deseo de la empresa consultora agropecuaria y fábrica de sueños, al servicio del desarrollo social

FARMER **92** C.A.

Especializada en proyectos agropecuarios, capacitación y extensión agrícola.
Teléfonos y Fax : Caracas: 02-832203 y Bailadores : 075 - 70183.

El hecho de que vengan años económicamente buenos no garantiza en absoluto que la situación social mejore.

modo de gobernar corrupto y envejecido, sumergen al país en una fase de seria inestabilidad política durante el bienio 1992-93, con el consiguiente estancamiento económico. El triunfo electoral de Rafael Caldera en diciembre de 1993 comienza a devolverle al país la estabilidad perdida, pero la crisis bancaria con la que se inauguran los primeros meses de gobierno somete a la economía a un "shock" monetario-inflacionario de dimensión impresionante, que la postra en la estanflación durante dos años adicionales. Por su parte, el nuevo gobierno contribuye a agravar aún más los efectos de la crisis financiera al intentar revivir viejos esquemas de control e intervencionismo estatal.

A principios de 1996, la economía venezolana se encontraba profundamente desequilibrada y con serio riesgo de desbordamiento inflacionario. Forzado por la necesidad, el gobierno pone entonces en marcha un plan de estabilización bajo la supervisión del FMI. El plan comprendía esencialmente los mismos elementos del "consenso de Washington", sólo que ahora con un enfoque más gradualista y una mejor base política. Dos factores coadyuvan decisivamente al éxito inmediato del plan de estabilización. El primero de ellos es que la economía ya había avanzado un buen trecho con la promulgación por el gobierno interino de Velásquez en 1993 de la ley de bancos y de la ley de creación del IVA, que el Congreso engavetó en 1990. En segundo lugar, un nuevo "boom" de precios petroleros permite estabilizar rápidamente el mercado cambiario y equilibrar las cuentas fiscales. Como en anteriores ocasiones, sin embargo, el res-

piro petrolero elimina la urgencia de proceder con medidas de fondo, esta vez los planes de privatización de las empresas de Guayana y las del sector eléctrico.

Un hecho muy importante a destacar es que los avatares del trienio 1992-94 no logran dar marcha atrás con el proceso de apertura de la economía venezolana que se inició en 1989. Ni siquiera el estricto control de cambio de los primeros dos años del gobierno de Caldera es capaz de quebrar este proceso. Es cierto que los avances han sido lentos, pero la sociedad venezolana ya parece haber asimilado que no hay vuelta atrás y que no tiene sentido oponerse a las fuerzas de la globalización. En tres años de gobiernos dirigidos por conspicuos actores del viejo orden (Velásquez y Caldera), la economía venezolana ha cambiado más que en las dos décadas anteriores.

¿HA TOCADO FONDO LA CRISIS ECONÓMICA?

1996 ha sido un año terrible para los asalariados. Por si no hubiera sido suficiente el continuo deterioro del salario real desde 1981 (con apenas un tenue respiro en 1991-92), éste experimenta un descenso adicional de 25 por ciento en 1996, la mayor caída relativa de toda la historia económica venezolana. A pesar de que la experiencia propia y ajena nos ha demostrado que "el fondo" siempre puede moverse más abajo, parecería que el deterioro económico y social se va a detener. Las variables socio-económicas han llegado a tales niveles de precariedad y de raquitismo que no se corresponden con las condiciones reales del país, ni siquiera suponiendo que vamos a seguir teniendo malos administradores.

Más allá de esta percepción intuitiva, los elementos analíticos nos dicen que el país tendrá una situación de recursos relativamente holgada durante los próximos años. Los recursos provendrán principalmente de dos fuentes. La primera será la industria petrole-

ra, cuyo buen desempeño dependerá menos de los precios internacionales y más de la ampliación de los volúmenes de producción. Y la segunda fuente serán recursos provistos por el sistema financiero internacional, ya sea en forma de inversiones directas o de créditos. A diferencia de la década de los 80, hay y seguirá habiendo mucho capital buscando colocación.

Aparte de la disponibilidad de recursos, está el hecho de que la macroeconomía venezolana se encuentra hoy estructuralmente más sana que hace cinco años. Fuentes tributarias internas proveen cerca de la mitad de los ingresos fiscales, cuando antes no pasaban de la cuarta parte. El sistema financiero es hoy más sano y la presencia masiva de la banca extranjera ofrece mayores garantías de solvencia. El hecho de que el capital extranjero haya ido tomando posiciones en sectores claves de la economía constituye también una garantía de que no se permitirán manejos macroeconómicos irracionales o alocados, cualquiera sea el gobierno que resulte favorecido por el electorado. En lo que se refiere al salario real, la principal causa de su deterioro tenderá a perder fuerza en la medida en que mejoren las perspectivas de la balanza de pagos y el tipo de cambio real tienda a revaluarse.

¿UN FUTURO ESPERANZADOR?

Detrás de todos estos elementos esperanzadores se encuentra nuevamente el fenómeno petrolero. Calladamente, desde hace diez años, el negocio petrolero se ha ido convirtiendo en la nueva columna vertebral del desarrollo económico. La capacidad productiva se ha duplicado en una década y se pretende volver a duplicarla en la próxima. Siempre ha sido el petróleo la base de sustento de la economía venezolana, pero nunca se le ha querido admitir explícitamente como eje productivo estratégico. La historia económica venezolana ha sido una secuencia de

intentos por relegar el petróleo a un papel subsidiario. Poco a poco, sin embargo, la sociedad empieza a reconciliarse con lo que ha sido su dicha y su desdicha al mismo tiempo. Empieza a aceptarse que el desarrollo futuro será dinamizado por el petróleo.

No ha desaparecido, ni desaparecerá nunca, la preocupación por los efectos deformadores que esta actividad ha tenido en todas las partes del mundo. Pero ello no justifica mantener enterrados en el subsuelo ingentes recursos energéticos, máxime en un país abrumado por tal masa de pobres. Hay dos

consideraciones, sin embargo, que nos permiten visualizar un atenuamiento de los impactos negativos del petróleo. En primer lugar, la nueva estrategia se fundamenta más en la expansión del volumen de producción que en el incremento de la renta. Ello lo convierte en una actividad productiva con importantes efectos potenciales de arrastre sobre el resto del aparato productivo nacional. Los planificadores del desarrollo petrolero tienen la responsabilidad de que estos impactos realmente se produzcan. Y en segundo lugar, el capital privado tendrá una participa-

ción importante en el incremento de la producción. Se rompe así el monopolio estatal de la actividad petrolera. Los ingresos fiscales petroleros ya no serán un regalo de la naturaleza, sino impuestos cobrados a compañías privadas. Cada vez habrá más contribuyentes exigiéndole al Estado rendición de cuentas.

¿Y cuándo les toca a los pobres? Suena a pregunta demagógica, pero es la pregunta crucial del futuro venezolano. El hecho de que vengan años económicamente buenos no garantiza en absoluto que la situación social mejore. Lamentablemente, son ya unos cuantos los episodios de bonanza que han terminado en mayor deterioro social. Soy un convencido de que, sin encarar seriamente el problema de la pobreza, Venezuela será como un barco con motores poderosos, pero que arrastra una pesada ancla. No solamente nos será difícil avanzar hacia una economía productiva basada en la calidad del recurso humano, sino que podríamos hasta zozobrar en las aguas turbulentas de la violencia anárquica, de la droga y de la inseguridad personal insoportable.

Los futuros gobiernos deben tener una verdadera obsesión por la cuestión social. Ya se encargará la iniciativa privada de aprovechar las oportunidades de negocio, que son muchas en Venezuela, pero no pensemos ilusamente que el crecimiento económico permea automáticamente hacia los pobres. Hace falta que el Estado destine hasta el último bolívar público a proveer educación, salud, vivienda y seguridad. Para que los recursos lleguen a su destino, necesitamos primero que nada sustituir esa tubería llena de agujeros y tapones que es el actual aparato estatal. Necesitamos también que la gente haga suyas y contribuya materialmente con las iniciativas en el campo social. Pero para que ese vuelco se produzca, probablemente haga falta que la crisis del sistema político termine de estallar. Ahí no hemos tocado fondo todavía, pero algún día lo haremos, para bien del país. ■

Colección Estadística

- Boletín de Indicadores Semanales
- Boletín Mensual
- Anuario de Cuentas Nacionales
- Anuario de Estadísticas Internacionales
- Anuario de Estadísticas Precios y Mercado Laboral
- Anuario de Estadísticas Sector Financiero
- Anuario de Balanza de Pagos
- Informe Económico

Colección Premio Ernesto Peltzer

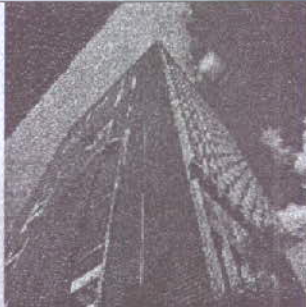
- Un modelo de análisis económico para Venezuela
Régulo Sardi, Francisco Saez y José Guerra

Colección Económico-Financiera

- Shocks externos y ajuste macroeconómico
Ricardo Hausman
- El Banco Central de Venezuela. Notas sobre su historia y evolución 1940-1990
Rafael J. Cruzat
- Compilación de Leyes del Banco Central de Venezuela. Estudio introductorio
Héctor Estévez Llamozas
- Jurisprudencia del Máximo Tribunal de la República relacionada con el BCV
José Benjamín Escobar Ch
- Serles estadísticas de Venezuela de los últimos 50 años
Ignacio Ahuero
- El déficit público y la política fiscal en Venezuela, 1980-1990
Efraín Velázquez
- La economía de mercado. Escritos y ensayos (1985-1991)
Emeterio Gómez
- Monografías y ensayos escogidos
Domingo Maza Zavala
- Documentos relacionados con la creación del Banco Central de Venezuela
Tomos I, II y III
- Síntesis geohistórica de la economía colonial venezolana
Marcio Aurelio Vito

Multimedia

- CD-Rom "Imagen y Visión del Banco Central de Venezuela"
Vol. I: El BCV en la Historia; Arte y Tesoros del BCV.



Revista BCV

- Volumen X. Año 1996
- Volumen XI. N° 1 1997

Colección Banca Central y Sociedad

- Colección de arte 1940-1996

Cuadernos BCV

Serie Técnica

- Notas sobre los programas de asistencia del FMI a sus países miembros
Cario Hernández Delfino
- Actuación del BCV durante la crisis financiera de 1994. Primer Semestre
Eddy Reyes Torres
- Movilidad de capital y política monetaria en Venezuela
José Guerra y Harold Zavarza
- Interpretación económica de los auxilios financieros
Luis E. Rivero Medina
- El proceso contable de identificación, medición y comunicación de las reservas internacionales venezolanas
Maria Elena Cusano

Las monedas metálicas venezolanas

- Andrúbal Grillet Correa*

Costos y beneficios de la rigidez cambiaria: La Junta Monetaria Argentina

- Miguel Ignacio Parroy*

Efectos del crecimiento de las políticas de desarrollo en la pobreza y la distribución del ingreso. El caso Venezuela

- Zoraida Almeida*

Un enfoque sobre la inflación en Venezuela: Orígenes y Soluciones

- Luis E. Rivero Medina*

Cuadernos BCV

Serie Educativa

- ¿Qué es el dinero?
- ¿Qué son los bancos?
- ¿Qué es un banco central?
- Maria Elena Maggi y Pedro Parra Deleud*
- Ilustraciones: Rosana Faria*



BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

Algunas de nuestras publicaciones

Información:

Departamento de

Publicaciones BCV

Torre Financiera, piso 14, ala sur.

Esquina de Las Carmelitas.

Dirección Postal: Apartado 2017.

Carmelitas, Caracas 1010.

Venezuela.

Dirección Cablegráfica: Bancentral,

Caracas.

Teléfonos: 801.80.75 / 83.80 / 52.35

Fax: 861.16.46